

CUBA

EN LA ENCRUCIJADA

12 PERSPECTIVAS SOBRE LA CONTINUIDAD Y EL
CAMBIO EN LA HABANA Y EN TODO EL PAÍS

Editado por **LEILA GUERRIERO**



DEBATE

Cuba en la encrucijada

Doce perspectivas sobre la
continuidad y el cambio en
La Habana y en todo el país

AA. VV.

Edición a cargo de
Leila Guerriero

DEBATE

SÍGUENOS EN

megustaleer



@Ebooks



@megustaleermex



@megustaleermex

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

PRÓLOGO

Doce intentos

LEILA GUERRIERO

De todas las preguntas que debe hacerse el periodismo (qué, quién, dónde, cuándo, por qué y cómo), solo hay una que, si hablamos de Cuba, puede responderse fácilmente: dónde; todo el mundo sabe —más o menos— dónde queda Cuba. Para las demás (qué es Cuba, quiénes son los cubanos, cómo es Cuba, cuándo comenzó Cuba a ser lo que es, por qué Cuba es como es, y diversas variaciones y combinaciones de lo mismo), no solo no hay respuestas fáciles sino que además cada quien parece tener las suyas.

Para unos, Fidel Castro es un héroe sabio y admirable y, para otros, un tirano que estuvo al frente de una dictadura durante décadas. Para unos, Cuba es la utopía hecha palmera, sol, mar, educación y sanidad para todos y, para otros, un pueblo que vive en la escasez, repleto de biólogos y arquitectos inteligentísimos que trabajan como choferes de taxi. Para unos, Cuba es un modelo de equidad y justicia y, para otros, una forma solapada de replicar las peores lacras de Occidente (la corrupción, el sistema de clases, la desigualdad social). Para unos es la isla de la fantasía. Para otros, una cárcel.

Los doce textos que componen este libro intentan alejarse de esos reduccionismos y contar el país desde el terri-

torio mucho más peligroso, y por lo mismo más interesante, de la duda y la contradicción. Los periodistas y escritores que participan en este volumen —no cubanos residentes en Cuba, cubanos residentes en Cuba, cubanos exiliados de Cuba, no cubanos visitantes de Cuba— hablan de un país cuya población ha sido educada en el ateísmo más rancio, pero bebe ávida de los odres de las religiones afro. Un país para el cual Estados Unidos es una némesis acromegálica, pero lleva al beisbol —deporte estadounidense por antonomasia— enquistado en el corazón de su ADN. Un país donde las mujeres son reinas y señoras de sus cuerpos («Hacerse un legrado en Cuba es muchísimo más común que acudir a una cita con el dentista», dice en su texto Wendy Guerra), pero no aparecen en ninguna instancia de poder, ni siquiera como esposas de sus líderes: «Entre Fidel y una mujer desnuda hay un abismo —escribe Guerra— [...] El actual presidente de Cuba, Raúl Castro Ruz, es viudo de la también luchadora revolucionaria Vilma Espín. Sobre él se cuenta que es un hombre de familia, pero nadie sabe nada en absoluto de su vida actual. La figura femenina frente a los próceres, líderes o gobernantes cubanos no está en segundo plano. Simplemente no existe».

Leonardo Padura escribe una oda al beisbol, lamentándose por el avance del fútbol sobre el deporte al que él alguna vez quiso jugar de forma profesional, y se pregunta qué pasará con la identidad cubana ante ese y otros cambios. El actor Vladimir Cruz cuenta como en 1993, en el momento más duro del Periodo Especial, llegó a La Habana con veintisiete años y doscientos pesos cubanos en el bolsillo: «Había querido llegar a la capital con los pies en el suelo, y allí estaba, en efecto, pero no con los pies, sino con la espalda en el suelo de la capital. Más exactamente en el suelo de la terminal de ómnibus de la capital. Dormí algo y abrí los ojos cuando amanecía. Me levanté, me lavé

la cara en un ínfimo chorrito de agua que goteaba en el destartado y oloroso baño de la terminal recién abierta». Esa mañana consiguió un papel decisivo en la película *Fresa y chocolate*, y aunque pudo abrazar su vocación en gran parte gracias al enorme apoyo estatal, fue el mismo Estado el que, con arbitrariedad caprichosa, le impidió cosas tales como asistir a la ceremonia de los Óscar en el año 1994, cuando el filme estuvo nominado a la mejor película extranjera. Abraham Jiménez Enoa hace el retrato de Ernesto, un jinetero, un hombre cuya principal herramienta de trabajo es el sexo aplicado a las extranjeras, y Carlos Manuel Álvarez deja en claro que emigrar, más que irse, es arrancarse un país del cuerpo, contando la visita que hizo en 2015 a su padre emigrado poco antes a Miami, un hombre que en Cuba era médico y que ahora trabaja tumbando cocos a destajo, en jardines de casas lujosas y siempre ajenas. Iván de la Nuez se pregunta hacia dónde va el país (después de Obama y del Papa y de los Rolling Stones y de los cafés de moda y de las calles de La Habana transformadas en el set de *Rápido y furioso*) y cómo fue el camino que lo trajo hasta aquí. El estadounidense Francisco Goldman vuelve a un escenario que visitó décadas atrás, el Tropicana, el club nocturno más emblemático de la capital, y va tras los pasos de un pasado esplendoroso que ya no existe, o que existe a medias, o que existe inevitablemente de otro modo. El español Mauricio Vicent hace pie en la historia de la bolita, una rifa ilegal llevada a Cuba por los chinos «en la que los números se asocian con figuras de animales, personas o cosas», para develar un sofisticadísimo sistema de apuestas que aúna la magia, la poesía, la interpretación de los sueños y, claro, la ambición. El mexicano Rubén Gallo conoció, en uno de sus primeros viajes a La Habana, a Eliezer, el librero cuya historia narra y en la que convergen diversas formas de la sensualidad, los trucos para engañar a la censura

y las expectativas por el futuro inmediato. En «Mi amigo Manuel», la colombiana residente en Estados Unidos Patricia Engel retrata al conductor de un almendrón —como se llama a los viejos autos estadounidenses de los años cincuenta que hacen las veces de taxis—, un hombre que parece estar más allá del umbral de todas las resignaciones: trabaja quince horas por día, descansa solo los domingos y dice que jamás se iría de Cuba, no por amor al país sino para no dejar a su madre. El norteamericano Jon Lee Anderson repasa su propia experiencia durante el tiempo que pasó en Cuba con toda su familia, en pleno Periodo Especial, mientras investigaba para su biografía sobre el Che Guevara, y da cuenta de la contradicción entre las penurias de los locales, que tenían que convivir con la escasez, y su condición de extranjero privilegiado. El chileno Patricio Fernández, con el telón de fondo de una pelea de gallos tétrica y luminosa, habla de las tensiones que se mueven en el océano convulsionado de la revolución: «La gran conquista de la Revolución fue el tiempo. Los cubanos no andan apurados. La hora fijada para una cita es apenas una referencia. Como el transporte público es escaso e impredecible, el atraso es fácil de entender. De otra parte, poco se pierde con esperar. Escasean los que trabajan arduamente. Como el salario que fija el Estado bordea los treinta dólares mensuales, conversar en una esquina es casi tan rentable como ufanarse en el desarrollo de una profesión. Más se consigue “por la izquierda” (comisiones, coimas y toda clase de arreglines que funcionan por los bordes de la institucionalidad) que desempeñando un oficio de manera obediente. El bienestar de la comunidad resultó ser un móvil mucho menos convincente que el beneficio personal a la hora de producir. La eficacia desapareció al tiempo que la rentabilidad fue proscrita. Y, con ella, el apuro. Si el éxito del capitalismo

ha dado pie a una creciente autosuficiencia, el fracaso del socialismo consolidó la necesidad del otro para sobrevivir».

Contar Cuba —como contar el desembarco en Normandía o la caída del Muro de Berlín— es contar la Historia con mayúsculas: una tarea ambiciosa. Pero, en el tartamudeo ametrallado de los tiempos presentes, estos son algunos intentos.

Miami

La ruta de los cocoteros

CARLOS MANUEL ÁLVAREZ

A fines de mayo de 2015, aterricé en Miami proveniente de La Habana, y debo de haber sido uno de los pocos cubanos que pusieron los pies en esa ciudad, no para migrar definitivamente sino para ir de visita. Mi plan era permanecer dos meses junto a mi padre, Manolo, quien había llegado un año y medio antes, para rehacer su vida desde cero.

En el aeropuerto, caminé por pasillos fríos, atravesé salas acristaladas, inspecciones de aduana. Tuve miedo. Me di cuenta después de que era un miedo que no me pertenecía, porque yo no tenía por qué temer, pero que ahí estaba. Era el miedo de todos nosotros. Me hicieron preguntas, nada extraordinarias. Me miraron, creo, la barba; mi cómica barba de un año. Cuando salí, mi padre esperaba. Él lloró. Yo lloré. Nuestros respectivos llantos melodramáticos. Después, ya avanzando por un *express way* rumbo a la ciudad, me pregunté si ese llanto no habría sido una exageración. A fin de cuentas, apenas hacía más de un año que no lo veía, y hubo gente que no volvió a verse nunca más, o que se reencontró tres décadas después, cuando ya eran otra cosa, puras sombras, quebrantos sin bálsamos posibles.

Por el camino, vi tantos carteles que no vi ninguno. Vi el rostro de Magic Johnson en la puerta de un ómnibus. Vi

rostros de abogados en pancartas publicitarias. Pensé en qué pensaría alguien que sale en una pancarta cuando ve su propia pancarta. En una tienda, mi padre me compró chucherías. Dijo que él sabía que me gustaban. No nos asombró, pasadas las primeras horas, la facilidad con que habíamos empatado el último día, en Cuba, con el primero aquí, en Miami. Nos asombró el reencuentro; cuán terso era, cuán ligero, cuán poco pesaba. A veces uno no sale para llegar afuera, sino para llegar adentro.

—¿Qué haces ahora? —pregunté a René Arocha.

—Manejo para una clínica médica de personas mayores. Los llevo a la consulta y luego los regreso a sus casas.

—¿Cuándo te desvinculaste por completo del beisbol?

—Hace cinco años. Y desde entonces he trabajado en esto.

—¿Te sigue apasionando?

—No.

—¿No?

—No.

—Explícame.

—Todo el mundo me pregunta si vi el juego de los Marlins, si vi esto, si vi aquello. Yo no veo la pelota. Es como una mujer cuando te deja de gustar. Ya no siento nada. Antes la necesitaba. Soñaba pelota. Vivía pelota. Ya no.

—¿Y no será que la mujer todavía te gusta y como no quiere seguir contigo la echas por despecho?

—No, no. Ya desde pequeño, con diez u once años, mi abuelo me decía que me sentara a ver algún juego para que aprendiera. Y nunca lo hice. Tal vez esto sea una regresión. Dejé de jugar y sigo sin interesarme. A veces veo un juego, no sé, el último de la Serie Mundial, algo así, pero no más.

—¿Ves otros deportes?

—No. Nada.

—¿Qué es el beisbol para ti?

—Estar en el terreno. Especialmente en las mañanas, cuando sales a practicar. Oler la yerba. Esa yerba fresca se siente.

Mi padre vivía en la 418 E 60 St de Hialeah, en un *efficiency* tan pequeño que, una vez dentro, no había ningún punto donde yo dejara de verlo a él, o él a mí. Cama, *closet*, baño y cocina en una promiscuidad que no admitía distinciones. Los espacios eran menos fruto de la arquitectura que de nuestra imaginación. Yo dormía en un colchón de aire a los pies de su cama, justo bajo la rejilla que soplaba frío desde el techo. Mi asma antigua resurgió. Mi tos y mis expectoraciones no nos dejaban dormir. Mi padre tenía que despertarse cada día a las seis de la mañana para repartir y arreglar aires acondicionados hasta bien entrada la tarde. Trabajaba en el negocio de refrigeración de un viejo amigo que no pagaba mucho, unos cuatrocientos dólares a la semana, y luego, en la noche, se iba a la escuela de inglés. A veces, ya de regreso, con los codos apoyados en una mesa pequeña, escuchaba varios *tracks* para ejercitar la pronunciación o afinar el oído, o buscaba algún dato en Google tecleando solo con dos dedos, como si fuera un mecanógrafo disciplinado que en medio del caos transmite mensajes de vida o muerte desde el África profunda. Cada vez que mi padre marcaba una letra, miraba la pantalla para comprobar si la letra había salido. Demoraba insanas cantidades de tiempo en completar una palabra. La humanidad había depositado en él viejas maneras que de otro modo ya se hubieran perdido. Era como un cofre que mantenía ciertos gestos —la lentitud medieval de los copistas— a

salvo de las nuevas costumbres. Con el alma empolvada, intentando aprender a los cincuenta años un idioma nuevo, era, mi padre, toda la nostalgia. Es probable que para ese entonces sus mejores horas fueran por la madrugada, cuando podía soñar en español. Pero mi asma había venido a entorpecerlas. Entonces, aunque yo quería pasar mi estancia juntos, le dije que sería mejor que me fuera a vivir a casa de una amiga, y que él me recogiera los domingos, o en su tiempo libre. Una semana después —durante la cual, por alguna razón, no supe de él— se apareció en la casa de la amiga donde yo pernoctaba y me dijo que tenía trabajo nuevo: tumar cocos de los jardines de las casas y los espacios públicos de la ciudad, y luego venderlos al por mayor en Hialeah, el barrio cubano de Miami. Cuando me pidió que lo ayudara, dije que sí.

Él era un guerrero y estaba feliz con sus nuevos planes. Yo era un cobarde y estaba triste por él. Aunque quizá, después de todo, la vida solo había sido milimétricamente justa. De un pueblucho rural extraviado, y con padres que fueron a la escuela junto con él, Manolo había logrado estudiar y hacerse médico. La Revolución fue la catapulta que lo encauzó. Luego, la misma Revolución, Saturno devorando a sus hijos, hizo que decidiera emigrar, después de haber dirigido policlínicos y hospitales del país durante casi treinta años. Si la Revolución no hubiese ocurrido, dos cosas serían distintas: Manolo cargaría con menos contradicciones que las que carga, y Manolo siempre habría tenido que ganarse el pan como mismo íbamos a ganárnoslo de ahora en adelante. Enfundados en overol, tumbando cocos por la ciudad.

René Arocha dejó de jugar beisbol profesional en el año 1999, a los treinta y cinco años. Desde entonces, y hasta

2010, mantuvo una academia infantil de beisbol en Miami donde descubrió que la enseñanza le producía el mismo placer que alguna vez le había producido ser deportista. Entrenaba a los muchachos, los pulía, los veía crecer, hasta que tuvo que cerrar por problemas financieros.

La edad del retiro de Arocha, sin embargo, no es tan significativa como la de su debut, y esto quizá ayudaría a entender por qué, como tantos otros precoces, ha terminado indiferente y apático hacia el oficio que practicó.

A los trece años jugaba pelota a la mano con los chiquillos de su barrio en el municipio de Regla, uno de los quince que conforman La Habana, y se escapaba para el Estadio Latinoamericano aunque sus padres no le permitían atravesar la ciudad sin compañía. A los catorce, como miembro del equipo municipal de su categoría, relevó un partido sin importancia, y lo hizo tan bien que ya no lo movieron del puesto. Después de varias gestiones lo ascendieron al equipo Regla primera división. Lanzó en las finales de la provincial, propinó diez ceros consecutivos y solo en el onceno *inning* perdió el partido. Luego debutó en el Latinoamericano, no permitió carreras y quedó demostrado que su ecuanimidad y destreza no eran las de un adolescente. Ya en la Escuela de Iniciación Deportiva Escolar (EIDE), se enteró por el periódico *Juventud Rebelde* de que integraba la nómina de los Metropolitanos, lo cual significaba que jugaría en un nivel superior y que iba a participar en la Serie Nacional. Y entonces, como es de suponer, le cambió la vida. Y le cambió, la vida, muy temprano; tenía quince años. Al principio, solo iba al estadio los días que le tocaba pitchear. Luego lo regresaban a la escuela.

—Pero a mitad de temporada yo entendí que lo mío no era estudiar, sino la pelota —dice.

Así, empezó a escaparse de la escuela y a viajar a provincia con el resto del equipo. En su primera temporada,

obtuvo siete de sus ciento cuatro victorias en Series Nacionales. Su sino ya era lanzar partidos tensos, apretados; hacer que su equipo le fabricara pocas carreras.

—Si yo hubiera tenido suerte, creo que habría ganado doscientos. No hay una estadística que lo diga, pero yo perdí, fácil, treinta juegos por una carrera. Dos por una. Tres por dos.

—¿Qué siente un pítcher cuando le pasa eso?

—Yo sabía que estaba haciendo buen trabajo aunque perdiera. Y a lo mejor esos juegos reñidos me obligaron a estar más concentrado, no sé, a tener que meter más el cuerpo y no relajarme.

En 1982, varios peloteros de Metropolitanos se vieron implicados en lo que sigue siendo el capítulo más negro de las Series Nacionales. Metropolitanos fue, hasta su desaparición hace unos cuatro años, el segundo equipo de la capital, el perro faldero de los Industriales, condenado perpetuamente a un papel secundario. Aquel año de 1982, después de obtener un tercer lugar histórico, se destapó un escándalo según el cual Metropolitanos había incurrido en sobornos para ganar los juegos, lo que terminó con la separación definitiva de varios de sus jugadores. Dentro del béisbol revolucionario y amateur, bandera de los más altos valores de hermandad socialista, los presuntos partidos amañados de aquella temporada provocaron un cisma similar al que se produjo en las Grandes Ligas en 1919, cuando los Chicago White Sox vendieron la Serie Mundial a los pujantes corredores de apuestas de la época. En ambos casos, una inocencia se rompió para siempre.

—Ese conflicto, ¿cómo lo viviste?

—Casi me cuesta la carrera a mí también. De la nada.

—¿Por qué?

—Porque también fui para el DTI [Departamento Técnico de Investigaciones], a mí también me entrevistaron, a mí

también me querían culpar. Recuerdo que cuando ya pasó todo, el presidente del Gobierno provincial y el comisionado provincial de Beisbol me llamaron para decirme que la Revolución era benévola, que me iban a dejar pasar esa. Y a mí no tenían nada que dejarme pasar. Yo era un muchacho de dieciocho años. No sabía lo que estaba sucediendo a mi alrededor, si es que sucedió, porque a estas alturas yo no sé si pasó o no pasó.

—¿Los Metros vendieron juegos o no vendieron juegos?

—Nadie sabe, nadie dice. Yo he hablado con peloteros que estaban en el problema y nadie ha dicho: «Sí, yo estaba vendido». Entonces para mí es una nebulosa. Porque yo no creo que un equipo vendido llegue el último día del campeonato en el primer lugar. Porque a ningún equipo hay que pagarle para que gane, tú quieres ganar siempre.

La primera expedición con mi padre fue a Kendall. Un vecino nos había explicado el método. Recuerdo las calles estrechas y pulcras, las casas bajas, uniformes, los jardincillos podados, los parqueos interiores. Eran poco más de las nueve de la mañana y avanzábamos en un Ford *pick-up* a vuelta de rueda, espiando aquellas fachadas de una perfección casi malsana, las rotondas donde las esquinas se torcían, o los racimos que destacaban por encima de los tejados.

Kendall, como todo Miami, estaba infestado de cocoteros, pero en ninguna de las tres primeras casas nos abrieron. Manolo parqueaba, iba hasta la entrada, tocaba el timbre y esperaba durante uno o dos minutos, con la mano en la cintura o dando paseítos en círculos pequeños. Luego volvía a la camioneta, confundido. Me pareció que estábamos haciendo el ridículo. En la cuarta casa, recorrieron una ventana y le dijeron que no. Tomamos como un avance